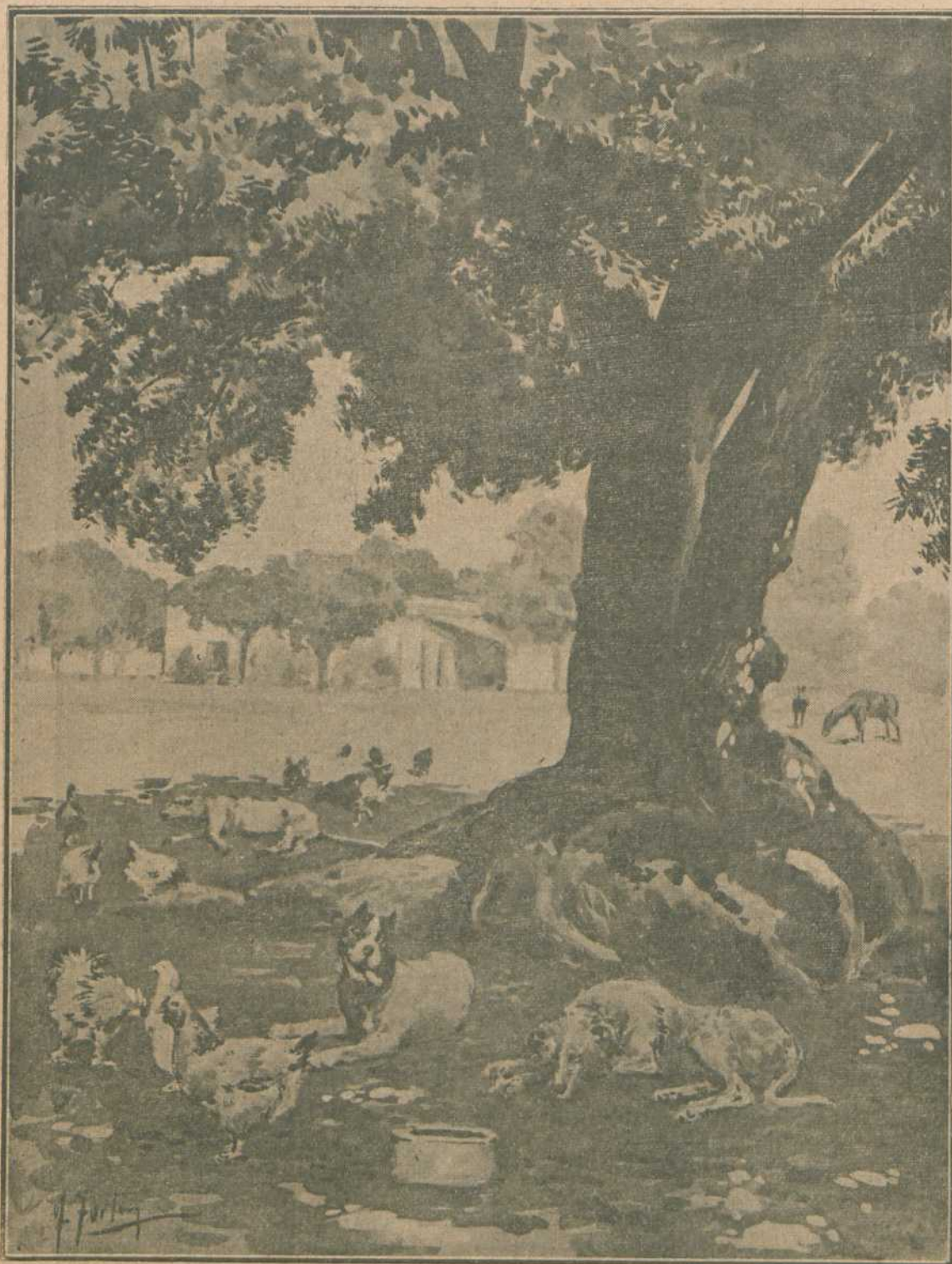


## TRANSFUSION. (Del libro en prensa de Enrique de Vedia, que aparecerá en breve)



## Capítulo XXXV

Hoy es el día de más calor que hemos tenido, ¿no te parece?

—El termómetro lo confirma. Lorenzo, a las 10 marcaba 39 grados.

—¿Cómo estarán en Buenos Aires, che, Melchor!

—Ya ves... y tu decías que es preferible vivir allá.

—Con todo, che... los ventiladores... los baños... los helados...

—En cambio aquí refresca a las tardes y las noches son siempre soportables, cuando menos.

—¿Lloverá hoy?—preguntó Ricardo.

—Sin duda!—dijo Melchor,—el termómetro marca ya 45 milímetros,—agregó mirando el que pendía de la pared del comedor, donde acababan de almorzar.

—¿Qué agradable sería dormir la siesta bajo un buen aguacero!

—Aquí tienes, che Ricardo, un excelente para ir a visitar a la Pam-pita y hacer méritos...

—Hacer una barbaridad!... porque me moriría en el camino.

Así habría sucedido, sin duda, pues un sol de fuego caía a plomo sobre los campos, en los que danzaba, metódicamente, un tembloroso va-

hio de capas superpuestas entre las que todo se agitaba desfigurándose con perfiles móviles y ridículos, pues tan pronto parecía que los álamos y los eucaliptos se encogían, en contorsiones de dolor, como parecía que

los ombúes se empujaban en espirales ó que las vacas multiplicaban, repentinamente, el número de sus tetas, sus cabezas ó sus colas.

Las ovejas se agrupaban, protegiéndose mutuamente de la calcinación solar de los sesos, que cada una ponía bajo el vientre de la vecina, hasta ofrecer en compacto conjunto, el aspecto de grandes quillan-zos puestos a secar.

En los sitios en que la densidad de las capas atmosféricas era mayor, los fenómenos de espejismo se mostraban en forma de lagos y de ríos que no por ser idénticos a los verdaderos, llegaban a engañar al ojo errable de los animales sedientos.

Bajo la sombra de los ombúes de la caballeriza, se refugiaban los perros echados de lado, con las patas estiradas como para ahorrarse el calor de sus contactos, indiferentes a la presencia de las gallinas que, buscando la misma sombra, se ubicaban junto a ellos, salpicándolos con la tierra que removían con las alas, en procura de capas más frescas, y sólo cuando algún idilio gallináceo molestaba demasiado a un perro, éste se levantaba, resignadamente, daba algunos pasos, dirigía una mirada hacia el campo como pensando: ¡Qué calor tendrán las vacas!—y se echaba de nuevo rezongando entre colmillos alguna protesta perruna.

De pronto, un gallo, como si recordase repentinamente una orden olvidada al amanecer, lanzaba las cua-

tro notas de su vibrante canto, al que solo respondía, por excepción, el ronco trislabo de un gallito enano y tuerto trepado al eje de un carro en la caballeriza, por cuyos pesobres circulaban cacareando sottovoce las gallinas más inquietas del corral.

En competencia con ellas, las movedizas aratoncitas pululaban gorgojeando vibrantemente y era interesante seguir el revoletar de cualquiera que, del barrote superior de una ventana, al modular su trino, se descolgaba veloz hasta el pie de un rosál, donde cantaba de nuevo, para dirigirse, como en una diligencia urgente, a usarse de costado en la barra del catre en que dormía un peón, repetir allí su trinar aleteado y volar a un tirante del techo de la caballeriza, recorrerlo afanosamente, como un pesquisante tras del delincuente, aparecer por el otro extremo, mirando a todo rumbo, y partir en línea recta hacia la gloria del jardín.

A ratos se oía el más tembloroso de algún corderito afligido, el silbar agudo y breve de los cardenales bajo el corredor; la carcajada burlesca de los pirinchos y el trueno retumbante y sordo de una gran tormenta que avanzaba lentamente, como llevada por viejos buyes cansados.

A medida que el sol declinaba, ascendía la tormenta pesada y amenazante, hasta que llegó un momento en que tomó vuelo, avanzó resue-

mente sobre el sol, enviándole una avanzada de nubes que lo velaron un poco, mientras el grueso de la tempestad proyectaba a lo lejos negras sombras que se disipaban a trechos cada vez que del seno de las nubes partía el repentino fognazo de un relámpago, cuya luz se mostraba por grandes claros en la sombra del suelo, a manera de los que se abren en los camalotes ó en las algas que cubren aguas tranquilas, cuando se arroja sobre ellos una piedra.

De pronto cruzó una ráfaga de aire fresco que se aceleró por instantes, intensificándose hasta disolver los grupos de sofocadas gallinas, levantar torbellinos danzantes de polvo, sacudir los ramajes y aun torcer las copas de los mismos ombúes gruesos y anchos, como una satisfacción sandwichesca.

Las palomas salieron del sopor en que habían dormitado, lanzándose en sus bandadas a combatir con las ráfagas, como dos escuadrillas que evolucionaran en un mar agitado, para regresar al puerto en línea de combate, por rumbos contrarios.

De pronto, también, las copas de los árboles volvieron a su posición recta; el polvo quedó en suspensión desdendiendo lentamente sobre el suelo; las haciendas levantaron la cabeza como investigando la causa de aquel cambio; los caballos relincharon una protesta; el sol brilló de nuevo rencoroso y candente; la tormenta había pasado en su colosal ruta parabólica rumbo al poniente, donde pareció detenerse como a esperar al sol.

Baldomero, de pie en la puerta de su dormitorio, dijo, prendiéndose el cinturón que sujetaba sus bombachas, y mirando a la tormenta:

—¡Ah, caualla!... No quisiste descargar... Si la seca se afirma... yo no sé que va a ser...

Y como si la tormenta, envuelta en el conglomerado de sus cirrus, obedeciera a su voz, empezó a moverse hacia el sud siguiendo la línea del horizonte, lentamente, casi agazapándose, como si quisiera realizar un movimiento envolvente para tomar al sol por retaguardia, mientras éste seguía en su aparente caída diurna.

Al llenar el cuadrante que recorría, la tormenta desplegó sus avanzadas hacia el zenit, desarrollándose en toda su amplitud, y a medida que el sol descendía a su ocaso ella ocupaba la imponderable inmensidad del cielo, anticipando y oscureciendo la luz crepuscular de aquella tarde.

Cuando el sol se hundía, como una enorme elipse roja tras las capas atmosféricas que ondulaban sobre el suelo, la tormenta, silenciosa, solemne, triunfal, descargó sus primeras gotas, que anchas y gruesas golpeaban en los ramajes y levantaban del suelo tenues circujillos de polvo finísimo.

Sin relámpagos, sin truenos, la lluvia se hacía más copiosa cada vez hasta convertirse en un diluvio nutrido y firme, que el suelo absorbía sediento dejando que el exceso de agua se acumulara en pequeñas corrientes que seguían el desnivel del piso como arroyos y ríos vistos desde gran altura. Y mientras el formidable aguacero caía como una colosal cortina chinesca de gruesos é infinitos hilos incoloros, las movedizas aratoncitas trinaban en los tirantes de los aleros como diciendo acongojadas: ¡Qué va a ser de nosotros!...

La lluvia continuó sin interrupción, alegrando y reviviendo todo y cuando los tres amigos, ya entrada la noche, tomaban asiento en el comedor se oyó ladrar los perros como si algo extraordinario ocurriera.

—¿Qué sucede, José?—preguntó Melchor al sirviente que ponía la sopa en la mesa.

—Debe andar gente, don Melchor, y como ladran... voy a ver.

Tras del sirviente salieron al corredor Melchor y Lorenzo que por el ruido continuado de la lluvia, sólo pudieron percibir los gritos de Hipólito llamando a los perros y los de Baldomero que por el corredor de sus piezas se dirigía a la caballeriza preguntando en voz alta:

—¿Qué hay?

Momentos después se presentó Baldomero, de cuyo poncho se escurria el agua por las puntas y dirigiéndose a Melchor le dijo:

—Son dos gringos... mercachifles... que piden pasar la noche.

—¡Polres infelices!—dijo Loren-